LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

GEORGE HUAMÁN BACA

RESUMEN

Antes del Fin, como un componente acelerador, surgirá la Tercera Guerra Mundial. Después de esta la vida en la Tierra será aún más difícil de sobrellevar. Sin embargo, esta guerra no será, como pueden suponer, la causante del fin en sí mismo; tan solo lo apresurará y lo hará más evidente por la decadencia, aún más precipitada, en que sumirá a la humanidad de hoy en día. La guerra será entre Occidente y Oriente, en esencia. La causa real es secreta; pero será también por materiales valiosos como los hidrocarburos del petróleo, por dinero. Esta última guerra es solo repetición de las anteriores.

La Tercera Guerra Mundial

El hombre se ha enfrascado en guerras con el propósito de apoderarse de los bienes del otro, para imposibilitar su progreso o para defender sus creencias religiosas, entre otros. En todas ellas el miedo está presente. Se le rotula con diferentes y románticos nombres; pero en el fondo está el "Señor Codicia" moviendo todos los hilos. Ha habido guerras que duraron décadas y/o siglos. Si analizamos la Primera y Segunda Guerra Mundial entendemos que fueron ocasionadas, principalmente, por la codicia de sus participantes. Además, no solo se codicia dinero, riquezas materiales y tierras, sino asuntos espirituales encubiertos. Para iniciar una guerra siempre se busca o se crea un pretexto.

Hitler inició la guerra por causas espirituales. El *Fürher* no murió como manifestó Trevor-Roper, el encargado de esconder la verdad, miembro del servicio de inteligencia de Inglaterra. Murió muy anciano en alguna parte del globo que no revelaremos aún.

La tercera y última guerra mundial se dará porque Occidente, amparado en su fuerza, procurará apoderarse aún más de las riquezas de los pueblos. Ellos trabajan con diligencia para imponer ideas y valores muy dañinos para la humanidad. El deseo de saciar la codicia de los enquistados clanes de siempre y creencias religiosas "secretas", serán la causa de esta última gran guerra. La codicia está asociada a la ambición y estas al miedo, y viceversa. Los países que se hacen llamar "adelantados", encabezados por Estados Unidos, poseen ingentes riquezas y poder; sin embargo, como el ego nunca se satisface, desean cada vez más y más. Este anhelo los llevará a apropiarse casi del total de las riquezas del mundo. Los países "atrasados", inconscientes, no se dan cuenta de nada o se hacen los ciegos y sordos debido al miedo y la cobardía. A su vez los pequeños clanes de cada país, acostumbrados a vivir de rodillas ante el sistema mundial dominante, hacen lo mismo: se apropian de casi todo el dinero de su población.

El comportamiento de estos clanes gobernantes del mundo es poco inteligente y parasitario. En el afán desmesurado de apoderarse del dinero y de las riquezas de

la Tierra, como premio a la obediencia a otro clan que maneja intenciones secretas, se olvidaron del equilibrio, y como consecuencia de ello, obnubilada la mente, sin que se den cuenta, se suicidan. Cumpliéndose otra vez la ley de acción y reacción. Están talando el árbol donde se encuentra la casa. La Tercera Guerra Mundial marcará el punto de inflexión negativo, acelerado e irreversible para la vida en la Tierra.

Las fisuras o grietas que aparecieron en el lecho marino —más allá de fallas naturales que producen las placas tectónicas— fueron provocadas por las pruebas atómicas nucleares de los países que se intitulan civilizados. Así demuestran, y a través de la historia, todo lo contrario. ¿Cómo se le llama a la persona que, dentro de su propia casa, donde vive toda su familia, hace estallar, inconsciente o premeditadamente, una potente granada de guerra?

Las potencias contrincantes de las cuales hablamos tratarán de arrebatarse todo lo acumulado. Para eso se prepararon y para eso continúan preparándose año tras año. Sus armas, que se apuntan entre sí, son perfeccionadas con denuedo día tras día. Se vigilan y espían con

la finalidad de estar siempre un paso adelante en una carrera sin fin. Los occidentales han tejido su telaraña alrededor del mundo. Entre ellos es el problema. Se reparten el pastel. Habrá disputas si alguno no queda conforme con su porción. De ellos depende el mundo. Su jefe se llama Estados Unidos (sus dirigentes, su cúpula). Al parecer, nadie puede con ellos, pero todos son dirigidos por un "pequeño" grupo que se cree astuto e invisible. Llegará la hora en que se cumpla alguna ley no obedecida, entonces, sus peleas los acabarán. Porque solo les rigen leyes creadas a su medida por ellos mismos.

La parte central de la Gran Guerra empezará con el enfrentamiento entre Oriente y Occidente: un triunvirato de países musulmanes capitaneados por Irán y asistidos por Rusia, contra los occidentales conocidos: Estados Unidos y sus adláteres de siempre, sobre todo Inglaterra y su ariete (punta de lanza o de contención o ¿jefe?) de Oriente, Israel. Luego se sumarán los otros de la Guerra Fría, que incluirá a China, que dirigirá a los amarillos. (China es el caballo amarillo). Países poseedores de vastos arsenales termonucleares capaces de destruir el mundo varias veces lanzarán sus bombas, sobre todo termonucleares. De Medio Oriente dispararán por aire y mar

armas indetenibles y desconocidas. Estas arrasarán con los pueblos[1] impactados. Son armas super avanzadas que Estados Unidos no llegó a descubrirlas antes, aunque sospechaba de su existencia. A su vez, Estados Unidos responderá vigorosamente con sus armar atómicas, haciéndolas estallar en ciudades enemigas. Como siempre, el conocimiento para la construcción de estas armas ha sido traído del universo paralelo conocido como quinta dimensión.

Estos primeros enfrentamientos tendrán una duración corta: tres meses o menos. Los países occidentales involucrados junto con Israel y algunos felones árabes, sorprendidos, se persuadirán del suicidio en el que se adentran. A estas alturas, ya saben bien de que no hay posibilidad de que alguno de ellos sea el triunfador. Por ello, establecerán un interregno. Se darán un tiempo en el cual puedan reflexionar sobre la locura en la que se han introducido creyéndose poderosos, invencibles, y subestimando a los enemigos.

Los occidentales, cegados por su duro corazón, ingresarán a un viaje sin retorno. Hace rato que ‘cruzaron el Rubicón’ manejados por Estados Unidos. Analizarán las

posibilidades de ganar la guerra. Volverán a revisar todo lo planeado, todas las estrategias y harán otras.

Pensarán en sus posesiones en el mundo entero. Fortalecidos por la codicia, por un momento, creerán derrotar al raro y feroz enemigo y atacarán por flancos nuevos. Han sentido el golpe de este archienemigo. Cerciórense de que los puede hacer desaparecer de la faz de la Tierra. Tienen miedo, empiezan a temblar, no solamente por la posibilidad de la muerte que les sonríe relamiéndose los labios, sino porque ya no verán más el producto de sus oscuros “negocios”. No disfrutarán más de sus riquezas acumuladas y conseguidas a precio de sangre, ni de su poder. El trío de países musulmanes, uno de ellos descendiente de los antiguos persas, que actuará al unísono junto a Rusia (todos estos enemigos naturales de Estados Unidos e Inglaterra) son los elegidos para hacer cumplir la Ley: pagar el Karma acumulado. Los pueblos y los individuos malvados pagan su karma. “Los dioses le ponen delante del bueno hasta la cabeza del malvado”, afirman los Iniciados.

Durante un tiempo, afinarán sus planes. Incluso, considerarán hablar de paz con el enemigo mortal por el temor de perder sus riquezas. Cada uno tiene sus secuaces conocidos.

Finalmente, luego de renovados preparativos militares y económicos, se sumergirán en la guerra, pues el deseo de los clanes en el poder de no perder los negocios es más fuerte. Con la esperanza de someter al enemigo se enfrentarán otra vez, se arremeterán con furia. Esta vez utilizarán todo lo que tienen en sus silos secretos: armas biológicas (bacterias, virus), químicas, ambientales, sónicas, nucleares y otras. Estados Unidos y su organización europea, la OTAN, tratarán de invadir Rusia a pesar de conocer la historia de guerra de los rusos. Lloverán sobre Washington, New York, California y otras ciudades importantes misiles de crucero y balísticos intercontinentales cargados con bombas termonucleares. Asimismo, sobre Moscú, Londres, París, Teherán, Damasco, Beirut, Pekín, Tel-Aviv, Jerusalén y otras más.

Sin embargo, luego de un corto tiempo de lucha, otro interregno les visitará. Tendrá un lapso parecido, en el cual se prodigarán en más preparativos. Al mismo tiempo, los intentos de solucionar el conflicto serán débiles, debido

a que se encontrarán asustados y muy maltrechos. El corazón metalizado y el orgullo herido de los occidentales no se resignarán. Entonces, luego de un tiempo, volverá la contienda. Será la última reanudación y esta "potencia" con pies de barro (Estados Unidos, la Roma moderna, y sus amigos), principal foco infeccioso moral de la humanidad, será aniquilada: el demiurgo le habrá bajado el dedo.

Cualquier civilización, en cualquier sistema del cosmos, que se olvide de Dios siempre llega a su destrucción. Esta es ley casi de sentido común. En Europa, hablar de Dios resulta ya convertirse en objeto de burla; no obstante, toda persona es libre de creer o no en Dios. También hay la libertad para ser bien engañado.

Habrá lugares, pequeños parajes, donde poco se oirá de guerra, donde la gente viva en relativa paz a pesar de los apuros económicos. Luego de un tiempo, la Tierra tampoco permanecerá quieta. Aguijoneada por siderales fuerzas "nuncavistas", en la zaga no permanecerá. Sacudir nomás su cuerpo anhelará.

No es necesario indicar las consecuencias que traerá la guerra luego de su finalización. Podemos imaginarlo sabiendo la contaminación que provocarán las bombas ra-

diactivas y otras armas. Quedarán flotando en el ambiente, errando por los mares y continentes en busca de engullir a los que atrapa, aunque estén escondidos en búnkeres bajo tierra. La explosión de una sola bomba de hidrógeno o de neutrones en Washington lo envenenaría todo. No se podría respirar ni exponerse al medio ambiente, pues todo estaría impregnado de radiación (balas diminutas, partículas subatómicas que penetran en el cuerpo e ionizan los átomos de carbono, hidrogeno, oxígeno, nitrógeno, y causan daños irreversibles al organismo o la muerte) cancerígena, incluso si uno sobreviviese moriría. Luego, imagínense en qué condiciones quedará la Tierra después de cientos, hasta miles, de bombas atómicas cientos de veces más potentes que la de Hiroshima. Lo dejo a su imaginación.

En estos momentos se está en la última fase de preparación para aquella conflagración. La Tercera Guerra Mundial se dará en corto tiempo, sí o sí.

Algunos ciudadanos pudientes estadounidenses intuyen de los sucesos adversos que le sobrevendrá a su país. Por ello, están pensando seriamente en huir ─algunos ya lo hicieron─ hacia regiones menos peligrosas.

Esta última guerra no será la causante del “Fin de los Tiempos” como se anuncia. Marcará el inicio notorio y definitivo de este. Nuestro hermoso planeta, en vastas regiones, devastado se verá. Países también implicados, un poco alejados, minúsculos aposentos para cobijarse, guardarán. ¡Cuántas personas no se encontrarán ya entre los vivos! El cielo cubierto por las nubes radiactivas nos ofrecerá una perspectiva lóbrega, como si la muerte se anunciara. La humanidad restante, trémula y calada por un sudor glacial, expectante, guardará alguna hebra de esperanza, pero las nubes de contaminación, invisibles, como balas ionizantes y cancerígenas, vagarán extendiendo sus nefastas falanges por doquier. No desearán irse en extendido tiempo. Todo esto será el Gran Principio del Fin.

Ahora bien, ¿es posible evitar lo anunciado?, ¿o será ya demasiado tarde? ¿Qué pasará con la humanidad sobreviviente? ¿Hacia dónde escaparán de la terrible contaminación? Sabemos bien quién es el causante de toda esta destrucción: el ego. ¿Pero acusaríamos a aquellos por ser como son o como fueron? ¡No podríamos! Porque sabemos bien que cada uno de nosotros somos iguales

de codiciosos, ambiciosos, mezquinos, egoístas, miedosos, fornicarios. Si embutidos estuviéramos en sus pellejos habríamos hecho lo mismo. Pero no lo estamos. Entonces solo observamos cómo se destruyen y cómo nos arrastran en su desgracia.

La Tierra, malherida, sufrirá. De sollozos y resuellos lánguidos se vestirá. Pero tratará de dar a la situación un rápido viraje y, saltando sobre los problemas, enfilará adelante. Sin embargo, la Tierra misma, que nos daba vida, oposición tenaz a este propósito sostendrá. El ígneo líquido de sus entrañas, impelido, dejará brotar. ¡Pobre Tierra! No puede ya resguardarnos en su regazo cual madre amorosa. ¿Quién es el culpable de todo esto? Los mares en derredor, dementes, bramarán maremotos, huracanes, tormentas. Los seres que viven en sus fondos masticarán agua radiactiva. ¿Qué organismos resultarán de ello? ¿Qué mutaciones genéticas les producirá esta contaminación? ¿Y a los que los ingieren? Estos nuevos seres, ¿serán peligrosos? Todas aquellas penurias les acontecerá a los que hoy encumbrados se les ve. ¿Serán tal vez los nuevos parias? Y se cumplirá aquella ley muy aludida, pero poco asimilada de acción y consecuencia.

El bando de los asiáticos tendrá una victoria casi pírrica, pero ganará.

Si desean, amigos científicos, averiguar las leyes del cosmos, del mundo atómico, las vibraciones del éter o del campo electromagnético, o hallar la fórmula definitiva que se encuentra dentro de la “energía oscura” y aún más allá, continúen inquiriendo, pero con más acuciosidad, a las antiguas culturas. En efecto, ellas lo sabían todo.

[1]Se suprime los detalles por cuestiones de posible susceptibilidad del lector.